

Advertencias precautorias a los habitantes de Chile excitándolos a conservar su lealtad en defensa de la religión, del Rey y de la Patria sin escuchar a los sediciosos que sugieren ideas revolucionarias con motivo de los últimos sucesos de España

NOBLES y leales chilenos: Cuando vuestros corazones inundados en gozo elevan gracias al Todopoderoso por la exaltación de Fernando VII, comunicada en el correo de agosto último, teniéndola por principio seguro de vuestras futuras felicidades, apareció una carta que vino por el mismo correo fuera de valija que decía estar toda la familia de los reyes en Bayona ignorándose de su suerte, que Napoleón los había conducido allá, con miras eversivas del sistema de nuestro gobierno, pues aspiraba a usurpar la España aniquilando los restos de la casa de Borbón. En seguida, corrió un papel titulado proclama del alcalde del lugar de Móstoles, en que se ratificaban las mismas noticias sin saberse por qué conducto haya venido. Ambos turbaron tanto la alegría que brillaba en vuestros semblantes, que se vistieron de aquella palidez con que explicáis vuestra sensible lealtad. Los seudocriticos, los espíritus melancólicos (y lo que es peor), los espíritus facciosos abultaron estas noticias con hechos que amenazaban la inmediata y casi segura ruina de España. Los primeros y los segundos sólo proceden por prurito de hacer papel de críticos; mas, los terceros abrigan un veneno tan mortífero que todo buen español está obligado a descubrirlo. Su número es pequeño por felicidad nuestra y vosotros que hacéis la porción mayor y más sana fuisteis dóciles a las juiciosas reflexiones de los que trabajaron en desimpresionaros hablándoos en el idioma de la lealtad.

Renació en vosotros la alegría y os disponiais a solemnizar la jura y fiestas reales de

la coronación de Fernando VII en que debía competir vuestro regocijo y felicidad. Un segundo funesto incidente os ha vuelto a turbar con nuevos y mayores temores. El correo de 6 de septiembre corriente, avisa que llegó a Buenos Aires un emisario francés con pliegos de Napoleón, que anuncia la reasunción hecha por Carlos IV de la corona y su inmediata renuncia en el mismo Napoleón; que trata de convocar cortes en Bayona para arreglar nuestro gobierno protestando proteger la independencia de España, la integridad de su religión, leyes y propiedades de sus vasallos. Al mismo tiempo se esparcieron papeles con noticias que hacían relación con las que corrieron en agosto, añadiendo que Napoleón tenía resuelto coronar en España a su hermano José, dando a Fernando VII la corona de Nápoles y asignación de rentas a los reyes padres para su subsistencia en Francia; que los españoles conmovidos con tan negra felonía se habían sacrificado a millares en defensa del Rey, anegando la España de sangre española y francesa.

Los preocupados y especialmente los facciosos volvieron a levantar el grito sugiriéndonos especies capaces de inducirnos a una decidida desconfianza si fuéramos tan débiles como ellos creen o desean que seamos. No los hace callar la proclama del Excelentísimo señor Liniers, en que avisa lo sustancial de los pliegos de Napoleón y asegura que ha dispuesto la jura de Fernando VII en Buenos Aires, ni el decirles que el emisario francés y toda su tripulación están presos por sindicados de espías del enemigo. Que este emisario por su per-

sona y modo con que se introdujo barrendo y quemando el bergantín en que venía sin haber inmediato riesgo que lo exigiese salvando sólo los pliegos, era sospechosísimo; ni el exhortarlos a que por razones tan poderosas debemos a lo menos esperar que otras noticias nos desengañen. A todo responden: *nada hay que esperar; las noticias comunicadas son indubitables y las que sigan serán más funestas*. Se les invita haciéndoles ver que en la política de Napoleón no cabe semejante proceder enteramente contrario a sus designios, pues perdiendo la alianza de España perdía también las cuantiosas sumas de dinero que le suministra para sus empresas antes de concitarse el odio de las naciones y aumentar la preponderancia del inglés. A todo responden declarando con fingido celo: *Napoleón es un pérfido, un tirano, un usurpador; se ha apoderado de España y la América sólo tiene el recurso de la protección del inglés*.

He aquí descubierto el objeto de sus especies seductoras y facciosas. Nada saben de cierto, cuando más hay motivos de recelo. Mas, ellos desean que sean ciertas las noticias tristes que nos anticipan estas ideas para debilitar nuestros ánimos, enervar nuestras costumbres y fidelidad y disponernos a novedades de independencia en que, contando con nuestro abatimiento, se prometen ponernos un gobierno de su mano que sería nada menos que despótico. ¡Insensatos! Su maquiavelismo los ciega hasta el punto de no conocer cuán radicadas están en nuestros corazones la religión y la lealtad y amor a nuestros legítimos soberanos. Nos falta, es verdad, la disciplina militar y ellos tienen esto por un auxilio que facilitará sus designios, pero son tan fatuos que no consideran que componen la parte más pequeña y corrompida, adoleciendo a más del mismo defecto, por lo que somos incomparablemente más fuertes y como tales defenderemos con todo vigor la causa de Dios y del Rey si cometen el arrojo de intentar perturbarnos. Observemos con vigilancia sus movimientos e intenciones. Obran por distintos modos según el carácter de los sujetos, pero todos dirigidos a un solo fin. Unos afectan cierta filosofía estoica y en el trato civil son libertinos con nombres de ateístas. Otros, excusan virtudes morales aparentando amor al bien común pero nada hacen que no les produzca utilidad propia. Otros, se visten de la máscara

de la virtud y son unos hipócritas que sólo promueven cosas perjudiciales al Estado y sus individuos. ¿Qué hay que admirar de que unos miembros tan corrompidos procuren gangrenar el resto del cuerpo político?

Decidles, pues, que no cuenten con vosotros para sus designios; que desistan de proyectos tan perniciosos si no quieren ser víctimas de su misma ambición; que siendo como sois leales no podéis persuadirlos de que un príncipe que ha empeñado su palabra de proteger la independencia de vuestra nación, su religión, propiedades y leyes, cometa una alevosía indigna aun del hombre más soez e irreligioso, porque sólo creen con ligereza estas cosas los que son capaces de cometerlas. Pero si (lo que Dios no permita) padece la España algún trastorno seréis los primeros en detestar, sea quien fuese, a su autor; que excitaréis la indignación de todas las naciones a que corran a vengar tal perfidia con la ruina del agresor, que antes daréis el último aliento que borrar de vuestros corazones la imagen de nuestro Rey Fernando VII ni sujetaros a extranjera dominación; que está fija vuestra atención para disipar, aniquilar y destruir a cuantos en cualquiera circunstancia piensen separarnos de esta sagrada obligación. En efecto, ¿qué motivo hay para el empeño de persuadirnos a que son ciertas estas noticias? Si sus intenciones fueran rectas los inclinarían a desear y esperar las más favorables, estando siempre prontos a sacrificarse en defensa del Rey y de la patria en caso contrario. Mas, en nada piensan sino en aterrarnos con temores y se avanzan a promover conversaciones sobre establecer la independencia suponiendo perdida la España. ¡Malvados abominables! Desean que llegue este momento, ¡el más deplorable que podía sufrir la América! ¡Infelices de nosotros si se extinguiese la familia de nuestros reyes! ¡Qué convulsiones padecería el reino hasta lograr establecer su gobierno! ¡Qué muertes, qué destrozos, qué usurpaciones! ¡Cuántas empresas maquinarian los extranjeros que miran este país con demasiada codicia! Pero esos locos ven con sereno semblante cuántas calamidades puedan sobrevenirnos, porque han soñado que han de ser los establecedores de ese gobierno, en una palabra, que han de ser nuestros tiranos.

El correo extraordinario de 10 de septiembre corriente, acaba de ratificar las

noticias melancólicas que éstos anunciaban. ¡Cómo se glorían de haber sido profetas! Sí, son profetas; pero de aquellos profetas falsos que señala la Escritura con signos que convienen a éstos y a quienes permite Dios digan algunas verdades para confusión de los impíos. Añade el extraordinario que Napoleón, ese monstruo de perfidia, tiene en la mayor opresión a nuestro rey Fernando y a sus mejores ministros y jefes militares y que ha descubierto su oculto proyecto de usurpar la monarquía española.

Estas noticias vienen acompañadas de otras que deben templar el dolor que oprimen nuestros corazones.

Los fieles españoles detestando al fiero tirano corren a porfía a militar en defensa del Rey y de la patria, resueltos a vencer o morir; y lo haran, no lo dudamos, porque siempre han sido el modelo de lealtad y valor.

En junio último tenía ya España más de cuatrocientos combatientes para obrar contra los franceses que están dentro de España hasta su destrucción o expulsión y obligar después al cruel tirano a la restitución de nuestro Rey. Se espera que brevemente se juntará para esta gran empresa un millón de soldados. Tal es el empeño con que todos ofrecen sus personas y haciendas.

Los ingleses prometen todo género de auxilio y alianza. La causa es justa y no debemos dudar que el Dios de las venganzas la proteja.

En Sevilla se ha establecido una Junta Suprema de Gobierno que a nombre de Fernando VII gobierna toda la monarquía y libra las más activas providencias para que se opere con todo el vigor que exige el caso.

Chilenos: ya os veo unidos a este plan, oigo que colmáis de elogios a los héroes que en los mayores conflictos de la nación han formado un punto de apoyo donde está depositada la soberanía representativa de nuestro Fernando, de aquel Fernando que cuando el tirano le ofreció la corona de Etruria le contestó que más quería arrastrar cadenas entre sus fieles españoles que admitir la corona de Etruria ni la de todos los reinos del mundo reducidas a una.

¡Oh, príncipe digno de gobernar todas las monarquías!, confiad en Dios, que es justo juez y no dejará impune la alevosía de vuestro opresor.

Entretanto, contad con la lealtad de vuestros españoles, de vuestros americanos y especialmente de vuestros chilenos. Todos os aman, todos os veneran con la mayor ternura; y si por su situación local no pueden concurrir personalmente como desean con la mayor eficacia a las empresas de los españoles, prestarán gustosísimos cuantos auxilios puedan. Y si el enemigo se acerca a este país le harán conocer que a los americanos se han transmitido los mismos sentimientos de los españoles, sus autores. Consentirán su total exterminio antes que admitir ni aun oír sus proposiciones.

Junta Suprema de Sevilla: comunicadnos vuestras órdenes, las obedeceremos como cartas y mandato de nuestro Fernando VII, a quien representáis.

Nada hay reservado en nuestras personas y bienes para cooperar a su defensa. No nos separaremos de este sagrado deber aunque nos cueste la última gota de nuestra sangre.

¡Ah, tirano! ¿Quién nos concediera el poder unirnos con los españoles de Europa? Conocerías entonces cuáles son los vasallos que tiene Fernando en estos dominios.

Leales patriotas: esos cuatro discolos vomitan ya con menos disfraz el veneno después de las últimas noticias. Disputan con sacrilego desacato la autoridad de la Suprema Junta de Sevilla. Si el Rey, dicen, está sin libertad en Francia, y el Consejo de Castilla ha obedecido los decretos de Napoleón, ¿quién ha autorizado a esa Junta para que gobierne la nación? Sacan por consecuencia que si el Consejo de Castilla tuvo motivos para admitir los decretos de Napoleón consiguientes a la evidente renuncia que Fernando VII hizo en él de la corona, quedamos nosotros en libertad de admitirlos o no, etc.

¿Os admiráis de tan temeraria insensatez? Pues ya al principio os advertí que todas sus miras se dirigían a este objeto. Si se habla de auxilios pecuniarios para las necesidades de la corona, dicen que nuestras facultades son escasas y si nos despojamos de cualquiera parte de ellas nos debilitamos y no podemos resistir al enemigo si viene a invadirnos. De manera que estos desalmados se contemplan ya exceptos de las obligaciones de vasallaje. Decidles, pues, con toda energía que cuando se trató de España de sacudir el yugo de los moros, un pequeño número de valientes españoles formó aquella célebre junta en que fue

jurado por caudillo el príncipe Pelayo. Esa junta representó por toda la nación, sin embargo, de que no concurrieron diputados de los reinos ni otras ceremonias que no permitían las circunstancias en que se hallaba.

Si jamás se ha disputado la legitimidad de esa Junta, que fue el móvil de la restauración de España, ¿cómo se atreven esos sofistas a disputarse la autoridad de la de Sevilla admitida por todas las naciones libres?

Es verosímil que el Rey en medio de su opresión habrá comunicado órdenes secretas por no exponer su vida que debe precaver de todo riesgo y que por lo mismo la Junta de Sevilla la reserva. Sabemos que el señor Azanza ha dirigido órdenes para la jura de Fernando VII, no obstante los decretos obedecidos en Madrid. Pero prescindamos de todo esto; en casos tan apurados como el presente, un solo vasallo puede y debe convocar un pueblo, un reino y toda la nación a nombre del Rey y los que no

lo sigan y aún los que se detengan un momento a dudar la legitimidad de su representación deben ser tenidos por traidores e indignos del nombre español. Tratad, chilenos, como tales a esos miserables si se atreven a suscitar cuestiones sobre este punto y rendid la más sumisa subordinación a esa Junta Suprema que ha tomado de su cuenta vengar los ultrajes de nuestro Rey y la defensa de nuestra sagrada religión, leyes y propiedades.

A todos y a ninguno
Mis advertencias tocan:
Quien las siente se culpa,
El que no que las oiga.

Iriarte. *

*Colección de Historiadores y de Documentos relativos a la Independencia de Chile. Tomo VIII. Santiago de Chile, 1902. Imprenta Cervantes.